

HUBEŇÁK, F., *Historia de la Iglesia del silencio*, Ed. ENCUENTRO, Madrid 2013, 388 pp.

Andrea Riccardi defiende en un libro reciente que este siglo XXI es un tiempo propicio para ser cristiano, porque la herencia que hemos recibido es la de un cristianismo humilde pero valiente y confesante. Dice que hemos heredado un cristianismo de “mártires, es decir, hecho de decisiones personales, pagadas y sufridas”. Las páginas del libro que presentamos dan fuerza y vida a estas atrevidas afirmaciones. Su contenido es quizá el “primer intento de síntesis en lengua castellana” sobre la llamada iglesia del silencio. Según el prólogo del obispo católico de Moscú, monseñor Pezzi, es “una historia de la Iglesia en los países marcados por los regímenes comunistas que van desde la Europa del Este a la Unión Soviética y hasta el Sudeste asiático, pasando por China” (9). Sus páginas, bien documentadas, están llenas de nombres reales, casi siempre acompañados de otros muchos anónimos, que sufrieron no hace muchos años una dura persecución por el simple hecho de ser cristianos y, más concretamente, católicos. Frente a algunas memorias históricas manipuladas, conviene dejar constancia que durante

los últimos decenios los regímenes comunistas no han permitido a la Iglesia ejercer libremente su tarea evangelizadora, remarcando, además, que las más refinadas persecuciones no han logrado en ningún caso borrar su presencia en esas sociedades.

En el primer capítulo se hacen unas *consideraciones generales* que nos permiten tener una visión global de muchos de los aspectos que se concretan después en cada uno de los países. El mejor conocimiento del fenómeno persecutorio viene propiciado por el revisionismo histórico producido tras la desintegración de la URSS y el acceso a los archivos secretos de varios países de la Europa-oriental. De alguna manera, se repite el mismo modelo ruso en todos ellos. “La estrategia consistía en intentar constituir una Iglesia autocéfala de Roma, tentado a los obispos a producir el cisma y convertirse en la máxima autoridad eclesiástica del país. La documentación nos muestra –una vez más– cómo se repitieron los mismos pasos en cada caso” (21). Cuando los obispos o ciertos sacerdotes más cualificados se negaron a separarse de Roma, fueron perseguidos, encarcelados y, con frecuencia, martirizados. Destaca igualmente en muchos de los casos la heroica resistencia de esa iglesia silenciosa. Así lo resume el propio autor: “Aun dispersados los pastores y el clero, la Iglesia subsistió como pudo y los cristianos en general –incluidos laicos, aunque se mencionen menos– fueron envidados a cárceles y campos de concentración o trabajos forzados por el solo hecho de ser católicos” (23). Se menciona igualmente el final de estos duros tiempos y la influencia que tuvo Juan Pablo II. Se cita la expresiva contestación que el Papa polaco dio a un peregrino que le pedía que no olvidara la iglesia del silencio: “La Iglesia del silencio ya no existe, porque ahora habla con la voz del Papa” (27).

A continuación se van desgranando las trágicas y gloriosas historias de cada una de esas iglesias: La particularidad de la católica Polonia, dirigida por Wyzsynski en firme resistencia, hasta llegar a aquel increíble cuadro en el que los sindicatos obreros reemplazaron los retratos de Marx y Lenin por fotografías de Juan Pablo II y en vez de cantar la Internacional, entonaron el “Dios proteja a Polonia”; Hungría con la valiente revuelta nacional contra la URSS en la que los soldados liberaron al cardenal Mindszenty quien más tarde moriría misteriosamente en la cárcel; la durísima represión habida en Checoslovaquia, “en la que fueron detenidos más de 300 sacerdotes, se suprimieron las órdenes religiosas y se cerraron escuelas y organizaciones católicas, y en los primeros meses de 1950 fue condenado un considerable número de sacerdotes y activos laicos cristianos” (117); se cuenta la valiente trayectoria del primado Stepinac en Yugoslavia, con el clarificador testimonio de un dirigente comunistas: “Stepinac es un hombre íntegro, de un carácter firme, que no se puede doblegar. Fue condenado un inocente, pero cuántas veces en el curso de la historia vemos que los hombres inocentes son condenados por necesidad política” (151); Rumanía, Bulgaria y

Albania; los países bálticos; Ucrania; Rusia con el diferente trato dado a la Iglesia ortodoxa y católica... Termina ofreciéndonos una visión general del complicado tema de la cuestión china y la actual existencia de una iglesia patriótica y otra romana y clandestina, aunque ambas menos separadas que hace años: "En la actualidad, dice, se calcula que en China hay alrededor de 12 millones de católicos (8 de la Iglesia "romana" y 4 de la "patriótica" (365).

Un vivo relato y duro recordatorio de unos hechos que este siglo XXI de ninguna manera debe olvidar. Una clara invitación para que todos procuremos que, desde ahora mismo, nadie sea perseguido de ningún modo por sus ideas religiosas. Otra interesante aportación histórica de la Editorial Encuentro que en esta ocasión ha permitido algunas erratas que no están a la altura de sus dignas ediciones.